

BARRIDOS POR EL SALITRE



VARADERO

LENA
MORENO



Índice

[Título](#)

[Copyright](#)

[PREFACIO: BAJAMAR](#)

[PRIMERA PARTE: MAREA VIVA](#)

[SEGUNDA PARTE: MAREA MUERTA](#)

[TERCERA PARTE: PLEAMAR](#)

[EPÍLOGO: RESACA](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Barridos por el salitre

Lena Moreno

Copyright

© 2016, Elena Fuentes Moreno

Autora: Lena Moreno

Titulo original: Barridos por el salitre

Publicado por: Elena Fuente Moreno

Ilustración de cubierta: Darío Rodríguez

Colaborador: Fran Rodríguez.

Esta novela no está basada en hechos reales, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Duda que sean fuego las estrellas,
duda que el sol se mueva, duda que la verdad sea
mentira, pero no dudes jamás de que te amo.
William Shakespeare

PREFACIO: BAJAMAR

Hay amores bañados por el sol, bendecidos por el olor a salitre y envueltos por el manto de las noches de estío. Esos amores no conocen la rutina, viven más horas y pueden convertirse en el centro de tu ser, porque no compiten con nada... Hasta que llega septiembre, y los inocentes amores tienen que desaparecer.

2013

Ese día, Mónica se sentía guapa y hacía mucho desde la última vez. Normalmente, estaba siempre cansada. Su vida se dividía entre el cuidado de las niñas y el trabajo. Cada día era agotador, cuando por fin podía sentarse y las niñas ya estaban durmiendo, no podía con su alma, por lo que le costaba una barbaridad dedicarse unos minutos. El espejo se había convertido en un odioso artefacto que le recordaba, que había vivido tiempos mejores, por eso, prefería obviarlo.

Había perdido el hábito de correr, pese a que lo había intentado un par de veces, la frustración se apoderaba de ella y siempre lo dejaba para otra ocasión. Quizás, cuando las niñas fueran más mayores, podría recuperar su rutina diaria de hacer deporte, que se había esfumado con la prueba de embarazo de Claudia. Aunque no cambiaría a sus hijas por nada en el mundo, su cuerpo se había reblanqueado y la ley de la gravedad hacía el resto, pero eran su mayor logro.

Apagó la radio, que había encendido para animarse mientras se arreglaba, y pensó en la noche que tenía por delante. Aquel día era diferente. De hecho, nada volvería a ser igual. Lo necesitaba, tenía la sensación de vivir en un bucle, en el que cada día se repetía idéntico al anterior, una espiral de *trabajo-niñas-casa* infinita. Ya no recordaba la última ocasión en la que había salido a divertirse.

Esa tarde, su cuñada le había prestado un vestido que hacía maravillas. Sí, tenía que reconocer que estaba guapa, o por lo menos se veía más atractiva que de costumbre. El vestido era rojo, con un pronunciado cuello de pico, sencillo en su máxima expresión, pero muy efectivo a la hora de realzar sus encantos, como el pecho, que había embutido en un mágico sujetador, obrando el milagro, y que disimulaba sus defectos, cada día más patentes.

También había encontrado algo de tiempo para ir a la peluquería. Se había cortado las puntas y le habían hecho un recogido sencillo. Como resultado, su pelo tenía un aspecto mucho más sano y brillante. La peluquera, que había recibido esa misma tarde un nuevo maletín de maquillaje, la convenció para hacer de conejillo de indias y probó con ella las nuevas sombras de ojos y pintalabios. La mujer, afanosamente, tomó las riendas del estilismo de su rostro sin pedirle permiso. Mónica, al principio, se sintió abrumada, pero había disfrutado viéndola ir y venir, satisfecha de que, para variar, alguien se ocupase de ella. Se veía un poco rara con tanto maquillaje, pero tenía que reconocer que había logrado disimular los signos del cansancio, que arrastraba desde hacía unos meses.

Se puso unas sandalias rojas de tacón y se miró encantada, satisfecha con el resultado. Estaba feliz por salir esa noche a cenar. Las niñas estaban con los abuelos y, por fin, ella y Ángel iban a cenar fuera. Habían pasado por una época muy dura y realmente lo necesitaban, estaban a un paso de perderse en la rutina de un viejo matrimonio y ella estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviese en su mano para no permitir que eso les ocurriese.

Su cuñada, Rosa, celebraba su treinta y cinco cumpleaños en un sitio nuevo, que se había puesto de moda rápidamente. No se hablaba de otra cosa, un complejo de lujo con un restaurante soberbio. Rosa aseguraba que la comida era increíble y que después podrían tomar unas copas allí mismo. A Mónica, mientras la llevasen a un sitio donde pudiese pedir algo que no fuese pizza o hamburguesa le parecía bien, cualquier comida con una mínima elaboración que estuviese hecha por otros, sería un lujo.

Entró en el salón, Ángel estaba viendo un partido de fútbol, mientras se bebía una cerveza. Se quedó mirándolo y se percató de lo guapo que estaba. No había cambiado casi nada desde que se conocieron, hacía algo más de diez años. Era alto y tenía la suerte de gozar de un metabolismo increíble. Comiese lo que comiese, su cuerpo fibroso no se alteraba por nada y su musculatura no había cambiado des-

de los tiempos en que se dedicaba a cargar con ladrillos de un lado a otro, en las obras, ayudando a su padre. Tenía los ojos tan negros como su pelo, cortado siempre a la mínima expresión y una piel que en invierno parecía bronceada y en verano se volvía de un marrón intenso.

Se sintió culpable al comprobar lo lejos que se sentía de él, vivía con él, dormía con él y lo veía todos los días, pero ya no lo miraba, no le prestaba atención. Siempre tenía alguna cosa que hacer, algo que preparar, algún asunto que ocupaba su cabeza y había dejado de escucharlo. Lo oía, pero no lo escuchaba. Estaba con Ángel físicamente, pero no a su lado, como antaño, compartiendo de verdad sus vidas. En algún momento de su relación, la rutina la había engullido y se había dejado llevar; y a él, le había pasado exactamente igual. Mónica lo sabía, se habían convertido en dos personas que luchaban cada día por sobrevivir, por hacer felices a sus hijas, pero que se habían olvidado de ellas mismas. Lo primero que cayó, hacía ya demasiado tiempo, fue su intimidad. Pero aquella noche, decidió, sería para él y pondría todo su empeño para cambiar las cosas.

—Tu hermana nos recoge en diez minutos, ¿Estás listo?
—preguntó intentando que Ángel le prestase atención.

—Un segundo, esto está terminando, solo me queda afeitarme...Vaya, ¡Estás muy guapa! —exclamó Ángel, apartando solo un segundo, la vista del televisor.

—Gracias, el vestido es de tu hermana y después de llevar a las niñas con mis padres, he pasado por la peluquería —explicó pretendiendo obtener más cumplidos.

—Hacía mucho que no te arreglabas.

—¿Eso pretende ser un halago o un reproche? —le recriminó Mónica, sin ocultar que le había molestado.

—No empieces, no tengo ganas de discutir —le respondió con voz cansina, intentando esquivar la frustrada mirada de su mujer y devolviendo toda su atención al televisor.

—Perdona, yo tampoco. Corre, afeítate, que tenemos que bajar ya —le premió conciliadora.

Mónica intentó refrenar su aflicción, era consciente de que debía cambiar su actitud, aquella noche sería maravi-

llosa, debía lograrlo. Quería volver a sentirse amada, como los días en que empezaba su relación con él. Habían construido una familia juntos, y solo por eso, debía luchar para que las cosas entre ellos fueran mejor.

Cuando Ángel estuvo listo, bajaron hasta el portal. El edificio era antiguo y carecía de ascensor. A Mónica le costó bastante, guardar el equilibrio con los tacones. Para ella, que iba todos los días con zapato plano o zapatillas, bajar tres pisos con tacones de diez centímetros era toda una odisea. Cuando llegaron al portal, cogió la mano de Ángel, le miró a los ojos y lo besó.

—Prométeme que lo vamos a pasar bien —le susurró al oído.

—Eso está hecho —respondió él visiblemente complacido.

Rosa y su marido, Roberto, los estaban esperando en su coche, aparcados ante la entrada. Cuando entraron en el vehículo, una bocanada de perfume les dio la bienvenida y Rosa rompió a dar palmadas entusiasmada.

—Chicos, no sabéis las ganas que tenía de que estuviésemos los cuatro juntos —farfulló excitada—. Me muero de ganas de ir al Varadero, me han dicho que es un sitio increíble, no ha sido nada fácil encontrar mesa, pero gracias a Dios, una tiene sus contactos...

Rosa tenía el don de hacer que con ella todo fuese divertido. Era la persona más positiva del mundo. Siempre encontraba el lado bueno de todas las situaciones, y podía hacer realidad cualquier cosa que se propusiese. Además, estaba al tanto de todo lo que ocurría en la ciudad, los nuevos locales que abrían, las tiendas más de moda, los estrenos de teatro, conciertos... La guía ideal sobre tendencias y eventos. Ella conocía a todo el mundo y todo el mundo la conocía. Su marido bebía los vientos por ella, la admiraba y amaba profundamente, pues colmaba su vida de color y de emoción. Roberto era directivo de banca y bastante tímido, lo que en numerosas ocasiones la gente confundía con arrogante soberbia. Gracias a él, Mónica y Ángel pudieron salir adelante cuando las cosas se pusieron difíciles econó-

micamente. La crisis se había llevado por delante, como un tsunami, muchas de las cosas por las que habían trabajado.

Así que ambos le profesaban un sincero agradecimiento. Rosa y Roberto siempre habían estado con ellos en los momentos complicados, ayudándoles desinteresadamente y las niñas los adoraban. Rosa no podía tener hijos, por lo que se volcaba con sus sobrinas, las colmaba de regalos y las llevaba a todos los lugares que se les antojaba.

Roberto puso en marcha el motor del vehículo, que no acalló las conversaciones animadas de sus ocupantes. Los cuatro tenían muchas ganas de pasarlo bien.

Mónica, había pasado muchas veces por delante del Varadero durante su construcción. Era una mole imponente, que ahora se había transformado en un magnífico y grandioso edificio, con líneas elegantes y depuradas. No era otro centro comercial al uso, como los que se pueden encontrar en cualquier capital de provincia. El Varadero, era un centro comercial de lujo, con mayúsculas. Sus hijas nunca querían poner un pie allí, no tenía restaurantes de comida rápida, ni jugueterías, ni mucho menos áreas recreativas infantiles, pues era un lugar consagrado al disfrute adulto. Eso sí, al alcance de una minoría.

Se erguía majestuoso con fastuosos jardines, salpicados de fuentes interiores, rodeados de boutiques de grandes firmas. El Varadero disponía de spa, centro de estética, gimnasio, cafeterías, discoteca... Todo ello concebido a lo grande, con un estilo moderno, pero donde cabían las formas clásicas. Había árboles y plantas que se mezclaban en perfecta armonía con la arquitectura y todo el diseño estaba basado en entramados en forma de ramas y hojas de diferentes tipos y tamaños. Predominaban el verde, los tonos marrones y el beige, mezclados con el color blanco sobre toda la decoración, para conformar un ambiente natural, incluso salvaje, en la totalidad del espacio. Como resultado, el recinto, que estaba impregnado hasta el último de sus rincones de un aroma entre jazmín y vainilla, invitaba a la relajación.

Tan pronto como puso un pie en su interior, Mónica comprendió el entusiasmo de Rosa, era como un oasis en medio de la ciudad. Absolutamente maravilloso. No se parecía a nada que hubiese visto antes, ni siquiera en el cine.

El edificio formaba un cubo perfecto y el interior estaba presidido por un inmenso jardín con cascadas y cientos de flores diferentes, en el que desembocaban todos los locales de las dos plantas. El techo, una placa de cristal enorme, cubría el perímetro de todo el jardín, que, a su vez, estaba iluminado con pequeñas luces, como si miles de luciérnagas pulularan por su interior.

Subieron por unas escaleras mecánicas, que imitaban un árbol caído, a la segunda planta, donde se encontraba el restaurante. Los cuatro estaban maravillados y comentaban a cada paso los detalles de la decoración. El conjunto resultaba impresionante, era como entrar en otro mundo.

Al entrar en el restaurante, una joven vestida con un traje chaqueta gris, con cuello Mao, les dio la bienvenida. Se encontraban en un hall redondo, rodeado de columnas, con las paredes revestidas en mármol travertino y suelos de microcemento pulido, que reflejaban la estancia como lo haría un espejo. La decoración se reducía a una lámpara de cristales 'Swarovsky', que caían en una espiral de unos dos metros y a una mesa redonda de madera de roble, que sostenía un centro de flores blancas enorme.

La joven los acompañó hasta el fondo del local, donde se abría una terraza, acotada con una barandilla de cristal y desde la que se podía apreciar como el restaurante formaba una circunferencia perfecta, coronada por una cúpula translúcida de unos cuarenta metros de altura. La sala, estructurada en dos alturas, era imponente. Las mesas estaban distribuidas en círculo en la parte inferior y, en la superior, ocupando ciento ochenta grados de la circunferencia, en el interior de cómodos palcos.

Mónica estaba disfrutando del exquisito gusto con el que se había decorado el local cuando, atónita, reparó en la fotografía de cinco metros de altura, que se encontraba frente a los palcos y presidía toda la estancia solemne... No da-

ba crédito, por un segundo experimentó como sus pulmones dejaban de transformar el oxígeno en dióxido de carbono... Se trataba de su lugar favorito. Las vistas de la ciudad desde la piedra, donde se había sentado cientos de veces en su juventud. Siempre había acudido allí, desde niña, cuando necesitaba pensar o cuando precisaba huir de sus problemas. La fotografía se había tomado —estaba dispuesta a poner la mano en el fuego— desde el mismo ángulo que le brindaba la piedra, *su piedra*, en la que absorba, había mirado el horizonte en un sinfín de ocasiones al atardecer, para contemplar esa imagen que tanta paz y tranquilidad le reportaba. Después de unos segundos, logró sobreponerse, era toda una colosal casualidad, se prometió a sí misma volver a aquel lugar en cuanto tuviese ocasión y comenzó a relajarse.

Se sentía bien en el restaurante, contemplando las mesas impecablemente dispuestas, con centros de flores blancas, colocadas con exquisitez en torno a velas. Todo era cálido y acogedor pese a su magnificencia y no podía evitar sentirse como si se encontrara en el interior de un cuento.

Un camarero les acompañó a su mesa, vestida con un mantel blanco roto, con ramas de cerezo bordadas en hilo del mismo color. La vajilla era marrón, con los bordes dorados; las copas de cristal ámbar y el centro estaba decorado con una enorme orquídea blanca, su flor favorita. Se sentaron, sin poder parar de mirar a su alrededor. La excitación se había ido apoderando de los cuatro desde la entrada, pero en vez de decrecer, se dilataba con cada detalle del lugar.

Como eran invitados de Rosa, que celebraba su cumpleaños, dejaron que ella eligiera los platos que más le apetecían y le cedieron la carta. Se decantó por “Lomos de ciervo marinado, con castañas, hojas de cacao y helado de boniato asado”; “Espárragos blancos a la mantequilla negra, con emulsión de leche de oveja, cierva y salmonete”; “Raviolis vegetales de parmesano, piñones y albahaca”; y “Lubina marinada con ginebra y patatas de colores”.

Antes de que llegara el primer plato a la mesa, un camarero se acercó a ellos con una botella de vino y les indicó que se trataba de un obsequio de la casa. Les sirvió el vino, mientras a Roberto se le ponían los ojos como platos, y apenas acertaba a darle las gracias. Tan pronto como el camarero se hubo marchado, Roberto cogió la botella para examinarla con detenimiento.

Una de sus aficiones era el vino y disfrutaba, tanto o más bebiéndolo como leyendo todo lo que sobre este tema, llegaba a sus manos. Rosa le había regalado varios cursos de enología y le gustaba visitar las bodegas de la zona cuando tenía ocasión.

—¿Sabéis lo que es esto? —les preguntó, sosteniendo cuidadosamente la botella de vino entre sus manos, como si fuese un recién nacido.

—Evidentemente, nosotros no, pero tú nos lo vas a explicar, amor —le respondió Rosa con cariño, observando el entusiasmo de su marido.

—No te lo puedes imaginar, mi vida, este vino es una joya, Aurum red, no puedo creer que nos lo regalen, es inaudito —explicó con una mezcla de misterio y consternación en la voz.

—Amor, seguro que saben que es mi cumpleaños. Sabes que soy una mujer muy importante —dijo Rosa irónicamente.

—Rosa, no estoy de broma. Estamos hablando de una botella que cuesta mucho dinero.

—Hombre, según se mire, ¿Qué es para ti mucho dinero? —preguntó Rosa sonriendo, divertida por la cara de su marido.

—Unos cuatrocientos euros la botella. No creo que se la vayan regalando a todos los que vienen a cenar —sentenció Roberto sombrío.

Un silencio sepulcral recorrió la mesa. Todos miraron atónitos la botella. Un segundo antes, los tres estaban sonriendo, mirando a Roberto que se había puesto incluso un poco pálido, pensando lo exagerado que era. Pero en ese instante, todos dejaron de sonreír y se miraron expectantes.

—No puede ser, debe tratarse de algún error —apuntó Ángel sin dar crédito—. No es que dude de tus conocimientos en cuanto a vinos, Roberto, pero lo que estás diciendo es una locura.

Por toda respuesta, Roberto puso su móvil sobre la mesa:

—Mirad, ahí lo tenéis. Esta es la página web en la que suelo comprar vino, aquí lo tenéis, éste es el precio —esgrimió Roberto, mostrándoles la pantalla.

—Bueno, puede ser una edición más barata, a veces hacen esas cosas con algunos productos —explicó Mónica incrédula.

—Sí, ésta es la serie plata, la de oro son dieciséis mil euros la botella —le contestó Roberto, casi sin aliento.

—No me puedo creer que una botella de vino cueste eso —sentenció Rosa.

—Entonces tenemos que hablar con el camarero, porque está claro que se ha confundido —dijo Ángel con semblante serio.

Con un gesto, Ángel llamó la atención del camarero que les había llevado la botella, y el muchacho se acercó a su mesa.

—Disculpa, creo que hay un error, nosotros no hemos pedido esta botella —le expuso Ángel.

—No señor, la casa tiene el placer de invitarles y deseamos que la disfruten. Es un vino excelente y creo que les encantará.

Cuando el camarero se hubo marchado, todos se quedaron mirando sin saber que decir. Fue Rosa la que rompió el hielo:

—Roberto, haz el favor de llenarme hasta arriba la copa, que no podemos dejar una gota —dijo riéndose, mientras se la tendía.

—Lo que tú digas cariño, no vas a verte en otra igual en toda tu vida, saboréalo.

—La verdad, es que yo habría preferido que me regalasen unos zapatos 'Magrit', absolutamente fabulosos que vi ayer. Hubiesen salido mucho más baratos, y yo los habría disfrutado encantada —explicó Rosa entusiasmada.